

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

EL ÁGUILA DE DOS CABEZAS

Debajo de una estampa del siglo XVII, se lee: « La feria de San Germán de los Prados os representa una reducción de todas las maravillas y delicias del mundo. Es la feria más bella y rica de Francia. Todos los días se ve en ella una afluencia de pueblo de toda clase de condiciones, de Francia y aun del extranjero. » Á no ser por la feria de San Germán, la historia de París perdería en originalidad, porque aquel fué el único lugar de la capital que ofreció durante siglos enteros el cuadro más real y más completo de las costumbres sucesivas de sus habitantes. Ocupaba el emplazamiento en que más adelante se construyó el mercado de San Germán, desde el Luxemburgo hasta la calle de Tournon. Los abades y religiosos de San Germán de los Prados tuvieron al principio su privilegio; después, tras una sangrienta batalla entre los escolares y los criados de la abadía, condenados á pagar cuarenta libras de renta para la dotación de las dos capellanías

fundadas para expiación del asesinato del escolar Gerardo de Dôle, los religiosos prefirieron desprenderse de sus derechos á la feria, á condición de que el rey pagase la renta. En 1486, erigiéronse trescientos cuarenta palcos en los jardines del hotel de Navarra. Luego fueron destruidos por incendios y, más tarde, reconstruidos. Sólo la tempestad revolucionaria, ayudada por la manía de ir á las nuevas galerías de madera del Palacio Real, barrió al fin ese campo de feria célebre durante siglos. No acabaríamos si tuviéramos que describir detalladamente las categorías heteróclitas de mercancías presentadas á la curiosidad y á la atención de los transeuntes durante las dos ó tres semanas que duraba la exhibición. Claro es que allí, donde se reunían diariamente aristócratas y grandes damas, oficiales y burgueses, miembros del Parlamento y costureras, no podía el mercantilismo ocupar todo el puesto en detrimento de las diversiones; por lo cual no tardaron en establecerse en la feria diversos espectáculos: cafés, tabernas y casas de juego. También hubo mercado de cortesanas, que no era el menos encandilado. Los ricos iban allí á proveerse para una semana; los segundones, para un día; las gentes de poca importancia, para una hora.

Como ya hemos dicho, aquel año se había retrasado algunas semanas la solemnidad de la apertura; pero no por haber esperado más, quedaron peor servidos los parisienses. En efecto, á más de sus curiosidades acostumbradas y periódicas, la feria tenía el honor de poseer tres novedades, dos de las cuales debían de

adquirir rápida celebridad. Y, sin duda por efecto de la casualidad, esas tres novedades resultaban instaladas una al lado de otra. Entre el barrio de los *Esperonniers de Saint-Claude* y el de los *Pajareros*, se había construido una gran barraca pintada con colores chillones, en la cual el duque Gonzalvo de Torino, autorizado por cartas patentes, había instalado su academia de juegos. El primer día, al ver la villa y corte acudir en multitud á ese antro, se auguraba ya que sería la mayor atracción. Pero, el segundo día, los visitantes se hallaron frente á una nueva construcción de madera, edificada en una mañana entre los *Esperonniers* y la casa de juego, y en cuya fachada se leía en gruesos caracteres el siguiente letrero, tan inesperado como atractivo:

ACADEMIA DE LA SEÑORITA DE FLAMBERGE

PROFESORA DE ARMAS

El éxito naciente de la casa de Torino tenía que resentirse algo de esa vecindad cuya clientela debía reclutarse en el mismo mundo que la del duque.

Pero el tercer día ocurrió aún algo peor. En el terreno libre acababa de instalarse, en una especie de nicho, un anciano contrahecho, presentador de maravillas, cuya atracción toda la contenía una pobre caja; pero ¡qué atracción! ¡un águila de dos cabezas!..

El duque de Torino no podía menos de sentir algún despecho por aquel doble vecindario, y su *cagnotte* tenía que sufrir por ello notable perjuicio. Para poner

en práctica el proyecto que había concebido de perder al vizconde Santiago de Courten por caballeros de su devoción — siempre se encuentra en la corte una conciencia que comprar, sobre todo cuando se pasa por ser amigo del rey — había mandado indicar el camino de su nueva academia de juegos al sobrino del conde de Argensón, ministro de la guerra. Por desgracia, el vizconde, que tenía otras ocupaciones, se daba poca prisa en acudir á aquella invitación, hecha bajo cuerda. Por otra parte, la empresa no daba los resultados pecuniarios que se esperaba. Desde que se había establecido la señorita de Flamberge, se había producido gran vacío en la sala de juego, vacío que tenía que acentuarse aún más por la curiosidad que suscitaba el hombre del ave.

Jarnac y Chaminade, encargados con plenos poderes por Enriqueta de Lespare para obtener la concesión de un terreno en la feria de San Germán y conseguir autorización para abrir en ella una sala de esgrima, habían procedido con prontitud y fortuna meritorias, puesto que, antes de las cuarenta y ocho horas de haber tomado Enriqueta su resolución, ésta, disfrazada con una peluca rubia (todavía no existían los tintes), podía instalarse en la barraca de la señorita de Flamberge. La numerosa clientela de los dos viejos profesores, debía formar el núcleo de los asiduos concurrentes á la sala; pero su propia destreza no tardó en darle una extravagante celebridad. Al principio, el letrero y el nombre de la barraca hacían reír... ¿Se podía tomar en serio aquel capricho femenino que

parecía competir con el espectáculo de la *madre loca*? Jarnac y Chaminade aseguraban todo lo contrario; pero ambos estaban sujetos á dejarse refutar, el uno por una botella, el otro por un rostro agraciado. La señorita de Flamberge, que nadie sabía de dónde salía, era muy guapa, y parecía no necesitar su profesión para vivir. En efecto, de ella se contaban rasgos extraordinarios de generosidad. La corporación de maestros de armas parisienses, que se había emocionado, había nombrado á sus miembros más andrajosos para poner en claro la ciencia, indudablemente ilusoria, de la joven, y hacerla entrar en razón. De esa sesión, á la que asistieron varios señores de la corte y ricos ociosos, los maestros delegados habíanse retirado con las orejas gachas y el corazón alegre. En efecto, como maestros de armas, no podían estar satisfechos, pues la joven los tocó en todas partes; pero como hambrientos, tuvieron suerte, pues la señorita de Flamberge no les dejó salir sin llenarles la bolsa. De ese memorable asalto databa su reputación. Como los maridos hablaron á sus mujeres, y los hermanos á sus hermanas, estas señoras quisieron conocer á la esgrimidora que se permitía vencer á profesionales de la espada. Luego, la señora de Conti, por pasatiempo, quiso tomar lección, y al fin se mezcló la moda, adoptando la academia de la señorita de Flamberge como punto de reunión de la nobleza y de las gentes de buen tono.

De día no hubiera sido prudente atacar á la maestra de armas, á la cual daban continua guardia de honor

Jarnac y Chaminade. De noche, no corría su barraca peligro de ser visitada por ladrones, pues se sabía que la guardaba un perro de gran tamaño, llamado Maese Bel.

Menos lujosa era la instalación del hombre del ave, el otro vecino del amigo del rey. Era aquél un hombrecillo muy contrahecho, que había llegado á la feria veinticuatro horas después que la señorita de Flamberge. Viendo un terreno libre, se había detenido en él y depositado en el suelo un gran paquete cuya tela se extendía en ángulos iguales, y debía de contener algo así como una caja de forma cúbica. El anciano iba cubierto con una gorra de pelo y vestido de piel, como los cabreros que pasan gran parte de su existencia en las cimas de los Alpes. Admiró todo cuanto le rodeaba, las mercancías acumuladas, los tejidos de oro y seda, las lujosas paredes de tablas del templo edificado al demonio del juego, y el letrero de la academia de esgrima, que pareció causarle alguna sorpresa, pues murmuró, moviendo la cabeza:

— ¡Valen más mis montañas!

Eran las doce de la mañana. El viento llevaba el toque de Angelus dado en San Sulpicio, en San Germán de los Prados y en todos los conventos, iglesias y monasterios que había por los alrededores. Curiosos y necios continuaban afluyendo, llamados por las voces de los comerciantes que buscaban parroquia.

— Hay demasiado ruido, dijo, persignándose. Parece que aquí no está muy en favor la fe.

El buen hombre clavó su bastón entre dos adoquines

para indicar la toma de posesión, sacó de la alforja una caja de madera, más bien una jaula, pues uno de sus lados estaba compuesto de rejas, y sentóse encima de ella, para comer un corrusco de pan.

— ¿Cómo te llamas?.. le preguntó una vendedora de chucherías.

— Lanlire, respondió el otro, con la boca llena.

Ese nombre causó risa, y los pocos comerciantes que habían presenciado su instalación, regresaron á sus barracas; había llegado la hora de vender cobre por oro, borra por seda, guijarros cristalizados por diamantes. Engañando, es como se consigue la riqueza, y, como la vida es corta, el comerciante debe engañar sin tregua. Transcurrió una hora. Empezó á acudir gente, señores y ricachos, grandes damas y coquetas pasaban sin mirar, para penetrar en una de las dos academias. Cuando el bueno de Lanlire vió en torno suyo buen número de jovencitas que sonreían á su vejez y algunos mozos que se disponían á echar piropos á las primeras, enderezóse sobre sus cortas piernas y abrió la jaula. Primero salió de ella algo así como un toque de corneta, algo muy raro que hizo retroceder á los más próximos, y, sin que se supiera cómo, un raro animal fué á colocarse en la convexa espalda del anciano. No podía ser más que un ave, como se había notado por el ruido de las alas. Ese ave era de gran tamaño y de color pardo; tenía garras poderosas, y de cualquiera parte que se lo mirase, dirigía en torno suyo sus redondos ojos. En una de sus patas, encima del espolón, tenía una pulsera de latón de la cual pendía

una cadenilla de acero cuyo otro extremo agarraba el anciano. Opinóse que era un águila ó un buitre. Pero, ¿cuál de esos gigantes de los aires ha tenido alguna vez dos cabezas, dos picos y cuatro pupilas? El bueno de Lanlire sonreía con malicia. Tendió su palo al ave, que fué á posarse en él en seguida, agitando las dos cabezas. El anciano volvió á clavar el palo en tierra y se registró los bolsillos; el ave seguía sus movimientos trompeteando con voz aguda, lo que era el mejor medio de atraer curiosos.

Á la puerta de la academia de juegos aparecieron el duque de Torino y Pietri Pertuso; á la de la academia de esgrima, asomáronse Jarnac y Chaminade. Entre ellos se veía la enorme cabeza de Maese Bel. Nadie los veía, pues el espectáculo ofrecía demasiado interés. Nunca se había visto nada parecido en la feria de San Germán. Los paseantes que se hallaban á proximidad desertaban de sus puestos y acudían á engrosar el círculo cada vez más poblado y atento. Gonzalvo y Pietri hicieron lo que todo el mundo; Jarnac y Chaminade los imitaron. Maese Bel no podía menos de seguir ese ejemplo. Lanlire sacó de su remendada piel de cabra algo que había envuelto en tela gruesa. Todo el mundo tenía los ojos clavados en sus manos débiles que parecían temblar un poco. Él mismo inspeccionaba tranquilamente las filas de curiosos entre los cuales parecía distinguir á los dos italianos y á los tiradores. El público esperaba verle sacar del paquete algo extraordinario. Cien personas hubieran querido ayudar á sus dedos torpes, por lo grande que era la

impaciencia; pero él no se daba gran prisa ni se inquietaba por la nervosidad de su ave. Por fin terminó su tarea el pastor de los Alpes, y los que preveían un nuevo misterio, quedaron decepcionados. En la tela tan cuidadosamente doblada, atada y empaquetada, no había sino un trozo de carne. Mas si la vista de la carne sangrienta provocó la desilusión de los concurrentes, no sucedió lo mismo al águila, cuyas alas se desplegaron en abanico en toda su envergadura, mientras que daba señas de satisfacción manifiesta, trompeteando hasta romper los tímpanos.

En esto se intercaló un accidente imprevisto. Excitado por los gritos del ave real, ó atraído por el olor de la carne, Maese Bel, empujando á los espectadores, abrióse paso y saltó sobre el enano Lanlire, que había salido valerosamente á su encuentro para defender al ave. Todos aplaudieron, pues iba á haber lucha. Como todos los papanatos del mundo, el papanatas parisiense tiene instintos sanguinarios cuando no entra en juego su pelleja. Un perro colosal que ataca á un anciano enclenque y á un ave encadenada, sería digno de verse. Si á Lanlire se le hubiera ocurrido hacer colecta en aquel momento, hubiese recogido buena suma. Mas no se cuidó de ello. Su primera impresión al ver el perro, pareció de sorpresa. Luego, los más próximos le oyeron pronunciar en voz baja:

— ¡Hola, Maese! ¡Hola, mi buen compañero!

Y, cosa incomprensible, el soberbio animal, deteniéndose en su carrera, empezó á lamer la mano del viejo, y se echó luego á sus pies meneando el rabo.

¿Podría, el águila, aceptar esa vecindad sin luchar? Los que no lo creían así, se vieron desilusionados. El ave no pareció fijarse siquiera en el perro. Seguramente, aquel rústico de los Alpes habría aprendido, en el transcurso de su vida solitaria, el medio de hipnotizar á los animales y de hacer que éstos le obedecieran. Tras tan gran desengaño, si no se aclararon las filas de los espectadores, fué porque uno acababa de dar á entender que las dos cabezas y, por lo tanto, los dos picos, iban á precipitarse juntos contra la carne. Á falta de la matanza que no se produjo, iban á presenciarse una lucha fratricida. Pero no hubo nada de eso. Sólo se tendió un cuello, y un solo pico cogió la carne, la engulló y pidió más. La otra cabeza, muy erguida, continuaba mirando á los espectadores, con mirada inquieta y casi amenazadora, y demostrando que estaba muy viva, puesto que se movía. Por envidia, los pajareros aparentaron dudar. La demasiado encorvada espalda de Lanlire se encogió un momento con movimiento de desdén. Luego, cambiando simplemente de lugar, tendió la carne al segundo pico. Entonces se vió algo extraordinario: el pico que había comido vigiló y el que había vigilado comió. Y cuando el anciano presentó la carne que quedaba á los dos picos á la vez, uno de ellos retrocedió para dejar obrar al otro.

No eran Gonzalvo y Pietri de los menos entusiasmados ante semejante espectáculo, ellos, que tenían las mismas ganas de devorar al mismo tiempo la

misma presa. Porque si el confidente dejaba á su amo la supremacía en lo que concernía á la herencia de los Torino y los Calonne, es porque no podía pretender la mitad y tenía que contentarse con las sobras. Y que no se nos acuse de haber inventado á capricho esa águila rara que el pastor Lanlire — bajo cuya piel de cabra se habrá reconocido á Tortillard ó el conde de Lespare — llevó á la feria de San Germán. Touchard-Lafosse da extensos detalles de esto en sus crónicas. El interesante historiador sólo ha omitido decirnos que esa fantástica ave fué capturada de muy pequeña en los Pireneos por el conde Luis de Lespare y criada por él en el castillo de Tanlay, adonde había ido á buscarla para las necesidades de su causa.

## VIII

## LA VISITA DEL REY

Pronto se desvanecieron todas las demás atracciones de la feria de San Germán ante aquellas novedades extraordinarias: la señorita de Flamberge y el águila de dos cabezas. Pero si la academia dirigida por una joven que vencía, burlándose, á los tiradores más reputados, revolucionaba solamente las altas esferas, pues la princesa de Conti y la señora de Hausset, las dos amigas de la favorita, habían puesto de moda esa sala, en cambio, la curiosidad que despertaba el ave fenomenal del viejo pastor de los Alpes ponía en contacto á grandes y pequeños. Excusamos decir que los parisienses no habían visto nunca semejante originalidad viva, ni siquiera habían oído hablar de ella hasta entonces, por lo cual se precipitaron en masa hacia aquel espectáculo, todos con tanto más deseo de ver el ave, cuanto que su propietario sólo se exhibía á las horas que se le antojaba. En efecto, el extraño y deforme viejo parecía cuidarse poco de las sonrisas de

la fortuna. Al revés de todos los demás tenderos, charlatanes y vendedores de específicos, todos hambrientos de dinero, que perseguían á la clientela con sus sollicitaciones, á fin de sacarle la mayor cantidad posible, el cabrero, en las horas en que se tomaba la molestia de aparecer en la feria, permanecía casi mudo. Por eso era aún más viva la curiosidad de los papanatas, y mayor también su disgusto cuando no lo encontraban en su sitio. En cuanto se dejaba ver, le hacían una ovación; pero, cuando su capricho le inducía á retirarse, ni los ruegos de las damas, ni las súplicas de los grandes señores, ni los gritos del populacho podían impedirselo. Y ya era en sí bastante originalidad el ver á un rústico proceder á su antojo en una época en que todo el mundo, desde lo más bajo á lo más alto de la escala social, tenía un amo. Aun no habían pasado tres días, cuando ya había desfilado medio París ante el interesante monarca de los aires. El otro medio se preparaba para hacerlo. Los sabios y los pedantes pusieron las gafas para ir á interrogar al anciano respecto de la edad, las costumbres y el género de vida del ave bicéfala. Luego vinieron apotícarios, médicos, maestros, astrólogos, todo el gremio de falsos doctores, gentes ignaras é insoportables, entre las cuales no podían menos de presentarse nuestros antiguos conocidos, los doctores Castelship y Falempin, médicos respectivos de San Martín de Armançon y de Commissey. La sesión á que éstos asistieron no fué la menos interesante, pues aprovecharon ese encuentro para burlarse uno del otro, como de

costumbre; el grueso y pequeño Falempin riéndose á carcajadas, el delgado y alto Castelship, con melancólica frialdad.

La boga del hombre de la piel de cabra, y sobre todo la amistad que le había demostrado el gran perro de San Bernardo de la señorita de Flamberge, no dejaban de preocupar singularmente á Pietri Pertuso. Éste estaba alerta, gracias á la frase que se le escapó á Jarnac en el café Procopio: « ¡ Cuando un muerto tiene las piernas de un vivo!.. » Era un buen sobrentendido... Además, el confidente recordaba que un perro del mismo género, que pertenecía al castillo de Tanlay, había ayudado al salvamento, la noche de la inundación. ¡ Si el conde de Lespare no estaba muerto, debía de disfrazarse! Pietri expuso su preocupación al duque.

— ¡ *Diavolo!* exclamó éste, bromeando. ¡ Ves turbio, querido!.. El conde era guapo mozo y bien formado.

— Puede contrahacerse, *signor*.

— Entonces, ¿ por qué no has de sospechar que se encuentre bajo las plumas del águila?

— ¡ Acaso fuese capaz!

— ¡ Qué pusilánime eres!.. No; el conde no ha vuelto, no puede volver.

— Si me lo dijera otro, le respondería: « ¡ Usted no lo sabe!.. »

— No está mal, no está mal, Pietri; pero no te devanes los sesos... Has de reconocer que si el conde hubiese vuelto, Constanca de Lespare sería la primera

en enterarse. ¡Y la viuda lo sigue esperando!... Yo estoy al corriente. Tengo inteligencias en la plaza.

Tanta seguridad pareció calmar un poco los temores del confidente. Sin embargo, no era hombre que se atenia á lo dicho por otros y sobre todo á las promesas de una mujer, porque adivinaba que la confianza del duque de Torino tenía como punto de apoyo lo pactado entre él y Regina de Espineuil, cuyo objeto y cuyo papel ignoraba Pertuso.

Para asegurar el buen funcionamiento de la academia de juegos, empleaba una media docena de ganapones, gentes sin fe ni ley, parisienses á quienes había ido á reclutar en la taberna de Crevepance. Esta taberna, anotada por la policía, se hallaba situada en la Grange-Batelière y servía de punto de reunión á los espadachines de baja estofa. Era un refugio peligroso.

Por consiguiente, si se presentaba la ocasión, los asalariados de Pietri podían ejercer más de un oficio. ¡Ah! si Pietri hubiera podido sospechar que bajo la careta de esgrima de la señorita de Flamberge se ocultaba una personalidad muy conocida de él, no le hubieran parecido suficientes seis espadachines; pero como no era hombre de espada más que para defender su cuerpo, tenía horror á las salas de armas, y la de la esgrimidora de moda tentaba tanto menos su curiosidad, cuanto que veía muy á menudo en ella á los inseparables profesores á quienes aborrecía. No había, pues, que extrañarse de ver todos los días á seis hombres de espada, de caras patibularias, y siempre los mismos, pasearse por los parajes donde el cabrero

exhibía su águila. Esa era la guardia impura de Pietri Pertuso.

Al encarnarse en la persona de Lanlire, el plan de Luis de Lespare era vigilar á sus adversarios hasta en su casa y sorprender la nueva infamia que no dejarían de fraguar, para designarles á la vindicta real y levantar él cabeza. Las circunstancias le ayudaban. Casi todos los días veía revolotear en torno suyo á Pietri Pertuso y á su fea escolta de espadachines, á quienes llamaba « las hienas. » Las hienas de Pietri se escondían tan tontamente, que su torpeza los designaba á la mirada. Por desgracia, aquel pequeño rústico no era la presa codiciada.

Gonzalvo, la pieza de resistencia, harto ocupado con la baronesa de Espineuil, sólo se presentaba rara vez en la feria. Dirigía sus baterías por otro lado, persuadido de que la plaza por asaltar estaba en el hotel de Lespare, adonde el conde, si vivía, iría á dejarse coger como en una ratonera. Por otra parte, el objeto que el italiano perseguía era siempre el mismo, la fogosa pasión que se había inflamado en él hacia la condesa Constancia se avivaba por su resistencia y por los obstáculos acumulados. Y si no había utilizado aún la declaración firmada por Tortillard, es porque esperaba, ayudado por la baronesa, poder llegar á sus fines sin tener que utilizarla. La confesión escrita por Tortillard sólo debía emplearse en caso de que medios menos extremos permanecieran inútiles... Por esa ausencia de Gonzalvo, hacía tres días que el cabrero se veía en la imposibilidad de obrar y se limitaba á

enseñar su águila á los papanatas, sin dejar de vigilar la entrada de la academia de juegos, en donde había de efectuarse friamente el deshonor del vizconde Santiago de Courten á su primera aparición.

La señora de Pompadour, deseosa de ver aquella extraordinaria profesora de esgrima, cuyas nuevas hazañas le ponderaban á diario las señoras de Hausset y de Conti, había decidido á Luis XV á visitar la feria.

Una hermosa tarde en que la sala de armas de la señorita de Flamberge estaba más llena que de costumbre, en medio de un asalto interesante, Fileas Jarnac abrió de par en par la puerta, gritando con voz atronadora:

— ¡Aquí está el Rey!

En efecto, el rey entraba en la sala, dando el brazo á la marquesa de Pompadour. Le acompañaban los señores de Richelieu, Birón, Rohán, Estrée, Croissy, Brancas, Brionne, Gherlor y Courten, y en todas partes se veía un enjambre de jóvenes y bellas grandes damas que se estremecían de antemano por el espectáculo que iban á presenciar. Inmediatamente detrás de Su Majestad, iba su nuevo amigo, el duque Gonzalvo de Torino, en cuyo brazo se apoyaba la princesa de Conti, instigadora de aquella visita sin etiqueta. La baronesa Regina de Espineuil había cogido en el camino al vizconde de Courten, y le hablaba del juego, ponderándole la academia de la feria, como se lo había ordenado el duque.

Al oír las palabras « ¡El Rey! » habíase interrumpido el asalto, y la señorita de Flamberge, quitándose

la careta, adelantóse para saludar á sus ilustres visitas.

— Bella persona, pero singular traje, murmuró la Pompadour, cuyos ojos fueron del rostro de la esgrimidora á sus pantorrillas nerviosas que la falda atrevidamente corta dejaba al descubierto.

— ¡Bella! repitió el rey.

Luego, bondadosamente, añadió:

— Señorita, nos disgustaría mucho venir á interrumpir las lecciones que usted da con tanta gracia y vigor. Su celebridad — porque es usted célebre — ha franqueado las puertas del Louvre, y la señora marquesa ha querido verla.

— Querida Flamberge, dijo la de Conti, besando á la esgrimidora en las dos mejillas, no se enfade conmigo, pues la indiscreción ha sido mía.

— ¡Y mía! apoyó la de Hausset.

— Pero, continuó el monarca mirando por cima de la cabeza de los cortesanos á los primeros asistentes, que habían retrocedido respetuosamente, si no nos equivocamos, vemos ahí á los valientes que hicieron nuestra campaña de Flandes.

— Sí, Sire, dijo el príncipe de Conti, acercándose para indicar dos hombres que trataban de esconderse. Éste es Kergras, llamado El Quite, y aquél Finaud, alias Pincha-al-As. Ambos son profesores de mi regimiento de dragones.

— Y he aquí, dijo Gherlor, las dos espadas maestras de los mosqueteros negros de Vuestra Majestad: Martinet, por mal nombre Brizna de Amor, y Papus, apodado Fierabrás.

— ¡Ah, ah! dijo el rey, volviéndose hacia la esgrimidora; ¿no brillará usted mucho, contra gentes de esa fuerza, señorita?

— ¡Cómo!.. exclamó una voz meridional que hizo volverse todas las cabezas; ¡ellos son los que no brillan, los pobres!

Luis XV examinaba al que acababa de hablar, un individuo muy alto, de piel curtida, en cuya boca apoyaba su mano un hombre bajito é imberbe.

— ¡Qué gentes tan raras! murmuró el rey; ¿quiénes son?

— Mis respetados maestros, declaró la señorita de Flamberge.

Y el marqués de Gherlor explicó, bajando la vista:

— Jarnac y Chaminade, Sire. Las primeras espadas de París. Los fieles servidores de mi infortunado amigo el conde de Lespare.

Al oír ese nombre, arrugóse la frente de Luis XV, y se produjo un frío que trató de atenuar la princesa de Conti cogiendo un florete para atacar á la señorita de Flamberge. Fué desarmada en seguida; pero consiguió el objeto que se proponía, que era devolver la alegría.

Entonces se buscaba quién tendría un asalto con la señorita de Flamberge. Grandes damas y caballeros, presas de igual emulación, acababan de hacerse tocar ó desarmar por el florete de la profesora de la sala. Este florete parecía un hada, formaba en derredor del cuerpo de la esgrimidora una verdadera muralla de acero. Y, aunque teniendo que batirse sin parar contra

adversarios renovados cada vez y siempre resueltos á mostrar sus talentos ante el rey, la señorita de Flamberge, sin acalorarse y con fría maestría, tocaba á cada cual en el lugar previsto que ella había indicado previamente.

Indudablemente, los que más se interesaban eran la baronesa Regina y el vizconde de Courten. Gonzalvo de Torino sólo prestaba moderada atención á aquel espectáculo. En efecto, ¿cómo hubiera podido sospechar que, bajo la peluca rubia y la falda de la tiradora se ocultaba su antiguo prisionero?

El vizconde y la baronesa habían notado, en cambio, una particularidad desconocida de Gonzalvo. Enriqueta de Lespare, al convertirse en señorita de Flamberge, no había pensado en quitarse de la mano aquella sortija singular que el vizconde había visto en el dedo del alférez Enrique y en el de su prometida.

La baronesa conocía también aquella sortija, y Gonzalvo no podía menos de saber por ella tan extraño descubrimiento.

Luis XV y su séquito salieron de la academia de armas entusiasmados, y fueron detenidos por la acostumbrada multitud que formaba círculo alrededor del hombre del ave.

El círculo tuvo que abrirse para dar paso al brillante cortejo, precisamente en el lugar en que estaban Pietri Pertusò y sus « hienas ». Acercóse el rey al anciano de la piel de cabra y examinó curiosamente su « fenómeno », en tanto que la favorita interrogaba al rústico, que no parecía sospechar en modo alguno la calidad de su interlocutora.

— ¿Quiere usted, buen hombre, cambiar ese animal por una buena cantidad de dinero? le preguntó al fin.

— Mi águila no se vende, replicó en tono arisco su propietario.

— Es usted muy dueño; pero, ¿y si se lo pidiese la marquesa de Pompadour?

— ¡Daría la misma contestación á esa señora!

La señora de Conti creyó deber deslizar al oído de Lanlire el nombre de la que le estaba hablando, lo que produjo un efecto muy contrario al que ella se esperaba.

— ¡Eh! exclamó el anciano, tengo mucho gusto en ver á la marquesa, muchísimo gusto, es verdad; pero si ella es el dueño del dueño del reino, yo soy también dueño de mi águila... ¡Á cada cual lo suyo, marquesa!

Intrigado Luis XV, dijo á su vez:

— Puede que tenga usted razón, buen hombre... Sin embargo, ¿y si el rey mismo quisiera comprarle el águila?..

Con profundo estupor de los cortesanos, el viejo rústico se encogió de hombros murmurando:

— ¡Qué tercas son las gentes de la corte!

Y, en voz alta, añadió:

— Le diría cortésmente: ¡Siga su camino, Sire!

— ¿Y si el rey tuviera el mal gusto de insistir?... preguntó el monarca, á quien divertía esa aventura.

— Yo respondería al rey: Sire, lo mismo que en Prusia, hay jueces en Francia... Si el molinero de Saint-Souci quería guardar su molino, yo no quiero separarme de mi águila.

— ¡Canastos!.. murmuró el duque de Richelieu, ¡este palurdo habla como un maestro!

En efecto, ese atrevimiento de lenguaje, completamente desconocido de las gentes de la corte, era muy á propósito para asombrar á los que lo oían. Por lo cual, algunos de ellos se permitieron dar á entender entre alto y bajo, cuán reprehensible era la actitud del anciano.

— Dejen, dejen, señores, les dijo éste mirán道les con desprecio; este joven señor y yo no nos cuidamos de su opinión, puesto que hablamos en buena amistad... ¿Verdad, príncipe?

El rey rompió á reír, al ver la cara compungida de los escandalizados señores.

— Lo que les prueba, señores, dijo alegremente, que si el águila de este lugareño tiene dos picos, el suyo no es el menos acerado de los tres.

Ante esta salida, una verdadera alegría de encargo iluminó todos los rostros.

— ¡Diablo! ¡diablo!.. exclamó el pastor abriendo mucho los ojos. ¿Luego es el mismo rey que me concede el honor de interrogarme?

— ¿Eres adivino, amigo? preguntó Richelieu.

— Triste adivino, sin duda.

— ¿En qué lo has conocido?

— ¡En la necedad de los que le rodean!.. repuso rotundamente el pastor, enderezando su corto talle.

Richelieu se volvió lívido.

— ¡Rústico! exclamó, llevándose la mano al pomo de la espada.

— ¡Magnífico! señor duque. ¡No querrá usted atravesar á un enfermo llegado á la edad caduca; su espada tiene que hacer cosas mejores que vencer en singular combate al pobre tío Lanlire!

Pietri estaba muy perplejo. Indudablemente seguía una falsa pista, porque, á su juicio, el cabrero desempeñaba demasiado bien su papel, para no ser natural. Por otra parte, ¿se habría atrevido Lespare, aun estando disfrazado, á hablar de aquel modo al monarca y al más orgulloso de sus familiares?

— Pero, en fin, ¿por qué no quiere usted venderme el ave? dijo Luis XV, para cortar por lo sano la embarazosa situación del duque de Richelieu.

— Porque este animal no quiere recibir alimento más que de mi mano, Sire. Además, tiene malas costumbres que conviene quitárselas.

— Explíquese.

— Voy á hacer algo mejor, Sire. Un ejemplo será más claro. ¿Quiere Vuestra Majestad ordenar que avance dos pasos ese valiente hombre de guerra que está ahí?

Diciendo esto, el cabrero designaba á un bajo espadachín de la banda de las « hienas » de Pietri, el primero y principal que había reclutado Pietri en la taberna de Crevepance.

El duque de Richelieu hizo una seña. El hombre designado hubiera querido huir; pero la muchedumbre era muy densa, y no tuvo más remedio que acercarse lanzando una mirada de astuta connivencia á Pietri, que fingía reirse, y á sus demás compañeros. Momentos

después era abandonado por los suyos. Pietri Pertuso habíase eclipsado con toda la banda. El pastor de los Alpes se entretenía en abrir la pulsera que aprisionaba la pata del águila. Como siempre, trabajaba lentamente. Aquella situación no podía prolongarse. La asistencia no se atrevía á manifestar su impaciencia ante el rey; pero las damas empezaban á hallar largos aquellos preliminares de un espectáculo que no podía dejar de ser divertido.

Cuando quitó la pulsera, Lanlire cogió el águila sobre su muñeca y, sin más ni más, la colocó en el hombro del pobre diablo que había indicado. Entonces empezó una escena sumamente cómica. Con los dos picos y las garras, el ave empezó á desgarrar la tela de la manga, mientras que la víctima de esta broma trataba de defender su chaqueta, sudando, gritando, moviéndose. Al poco rato, no quedaba nada de la manga. La tela de la camisa fué atacada á su vez... El hombro quedó al descubierto.

— Esto no nos enseña nada, dijo Luis XV.

El viejo Lanlire se había acercado para volver á coger el ave y, al pasar, acababa de dar un golpe maestro en el hombro desnudo. Entonces, sobre la carne sonrojada por el choque, aparecieron en blanco las líneas de una flor de lis.

— ¡Uno de galeras! exclamó el marqués de Gherlor.

— ¡Petit-Musc! gritó una voz de mujer.

Era, en efecto, Petit-Musc, el célebre ladrón que, de muy niño, había formado parte de la banda de Cartouche. Estaba en quebrantamiento de destierro.

No se atrevía á decir nada; se veía perdido. Y mientras el viejo Lanlire se iba por un lado y Luis XV y su séquito por otro, conversando acerca de los instintos de aquel animal extraño, el teniente general de policía había mandado ya apresarse á Petit-Musc por sus agentes.

Los únicos que permanecían en el lugar abandonado eran el duque de Torino y la baronesa de Espineuil.

— Ese viejo pastor me parece un individuo peligroso, dijo el duque, tras un rato de silencio.

— ¡Tal vez! dijo Regina; pero no tanto como esa esgrimidora, la Flamberge.

Y le dijo que había reconocido en el dedo de la profesora de armas una sortija que ella sabía pertenecer á Enriqueta de Lespare. La vecindad voluntaria de aquella joven constituía, en efecto, un gran peligro.

Como el vizeconde de Courten debía regresar á la academia de esgrima aquella noche, Regina y Gonzalvo decidieron que Pietri Pertuso intentase un golpe contra él. La proximidad del Champ Crotté, en donde no eran raras las disputas, permitiría una emboscada y, en caso necesario, un asesinato fácil de explicar.

## QUINTA PARTE

---

### TRES HORAS EN EL INFIERNO

---

#### I

#### ENTREVISTA NOCTURNA

Caía la noche. Los últimos aficionados y las más asiduas espectadoras de la sala de esgrima, hacía ya tiempo que se habían retirado, despedidas por la señorita de Flamberge. Jarnac y Chaminade habían debido de emprender el camino del hotel de Lespare, y la profesora de armas se cuidaba de ordenar un poco la barraca antes de cerrarla. Las ordenanzas de policía fijaban las diez de la noche para el cierre de la feria,